



por la guerra se han ido desvaneciendo, con la construcción de un proceso de reconciliación y de acercamiento entre los pueblos y con base en ello, la formación de una comunidad de intereses comunes y, sobre todo, para alertar a las nuevas generaciones para que una hecatombe de tales proporciones no vuelva a suceder nunca más.

Para entender el origen y las consecuencias de esa terrible guerra, tenemos que mirar un poco la situación de la Europa de principios del siglo pasado (Siglo XX). Europa pasó por muchas guerras, locales, regionales y nacionales, pero la primera Guerra Mundial que acaeció entre 1914 y 1918, fue una guerra de coaliciones en la que intervinieron casi todos los países de Europa, algunos del Asia, Estados Unidos e incluso algunos países latinoamericanos. La mayoría de los países de hoy, en ese tiempo, eran o se llamaban imperios, incluso el imperio otomano, hoy heredado por Turquía. La política de los imperios, es ahora y era la misma antes, ampliar sus fronteras y con ello, extender sus zonas de influencia y no sólo por razones políticas, sino mucho más, por defender intereses económicos, y la guerra era un medio para lograrlo.

Al terminar la Primera Guerra, el Consejo Supremo de las 10 Potencias Aliadas vencedoras, encabezadas por Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón, impusieron a los países vencidos, específicamente a Alemania, a través del Tratado de Versalles (28 de junio de 1919) condiciones políticas y económicas verdaderamente onerosas. Evacuación y devolución de los territorios ocupados, cesión a Francia de una parte de su territorio en disputa, pérdida de sus colonias en Africa, indemnizaciones a los países ocupados, entrega de todo el armamento y material ferroviario, entrega de su flota de navegación, reducción de sus fuerzas armadas solo a las necesidades internas de seguridad, restricciones comerciales y de navegación. Además, dichos tratados no tenían fuerza para hacerlos cumplir y fueron insuficientes para mantener una paz duradera. Apenas pudieron medio apaciguar los ánimos durante 20 años. Pero Europa quedó, después de esta primera guerra sumida en situaciones muy precarias: desempleo, falta de comida, vivienda, condiciones adecuadas de salud, educación y la industria y la agricultura completamente abandonadas. Por este tiempo y como efectos de las condiciones dejadas por esta guerra se produjeron grandes avalanchas de emigrantes hacia los Estados Unidos y hacia los países suramericanos.

En octubre de 1917 es derrocado el régimen Zarista de Rusia. Lenin y Stalin entran a figurar como los dirigentes del nuevo sistema en Rusia, que desde 1922 comenzó a llamarse Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas – URSS -. A la muerte de Lenin en 1924, queda el rudo y sanguinario Jósiv Stalin como dueño y señor del imperio Ruso, hasta su muerte en 1953. Todos sus opositores fueron desapareciendo lentamente: ejecutados o condenados a trabajos forzados en las tierras heladas de Siberia, donde morían de hambre o de frío. Más de treinta millones de sus compatriotas fueron exterminados durante su régimen. En 1929, quiebra la bolsa de Nueva York y sume al mundo entero, y más aún, a Europa en una crisis económica sin precedentes. Las condiciones de la Europa de las décadas del 20 y 30 estaban marcadas por conflictos sociales derivados del desempleo y la miseria y por conflictos políticos emanados de las debilidades de las incipientes democracias.

Mientras tanto en Alemania, Guillermo II, rey de Prusia y último emperador (Kaiser) de Alemania, es obligado a abdicar el 9 de noviembre de 1918, como consecuencia de la revolución del movimiento de los Espartacos y de la sublevación de los soldados y de los obreros. Se da paso entonces a la convocatoria de la Asamblea Nacional, reunida en la ciudad de Weimar (ciudad al nord-orient de Alemania) que aprobó la constitución (1919) y la formación del nuevo gobierno alemán, que se denominó la República de Weimar. En esta transición, 1920-1933, el país atravesó por una etapa de patria boba, las ambiciones políticas y los desacuerdos entre los partidos, un gobierno inestable y débil y una situación general económica demasiado difícil, agudizada por un alto desempleo, crearon las condiciones favorables para que Hitler y su movimiento político nacional-socialista se pudieran instalar en el poder.

Adolfo Hitler, aunque nació en un pueblito de Austria (Braunau am Inn) el 20 de abril de 1889, se considera, sin embargo, alemán. Sobre su familia y su niñez se sabe muy poco. Algunos datos dicen que su padre fue un empleado de Aduanas y que pasó una niñez llena de dificultades económicas y afectivas con sus padres. Se trasladó a Viena, la capital austriaca, donde inició estudios de pintura artística, sin terminarlos pero como autodidacta leyó sobre filosofía y política, y se unió a grupos que predicaban el antisemitismo de donde recibió gran influencia. Sus compañeros lo recuerdan con una persona introvertida y huraña. En 1913 se trasladó a Munich y al año siguiente se enroló en el ejército de Baviera, donde, por su arrojo y disciplina fue condecorado con la cruz de Hierro. Allí descubrió su vocación de estrategia militar. Hitler, entonces un joven con poca preparación intelectual pero con muchas ambiciones políticas y militares y lleno de resentimientos sociales, apareció en la escena política alemana ya en 1923 como agitador de masas y participante en un frustrado intento de golpe militar en Munich, Estado de Baviera. Pasó un año en la cárcel, donde aprovechó el tiempo para dictarle a su amigo Rudolf Hess sus ideas en el libro *Mein Kampf* (Mi Lucha). Se afilió al partido NSDAP, partido nacional socialista alemán de los trabajadores, del cual fue posteriormente su Presidente y que fue el inicio de lo que más tarde se llamaría el partido Nazi. Creó las grupos paramilitares de defensa las S.A. (Sturmabteilung), que posteriormente las reemplazó por las S.S. (Schutzstaffe).

Hitler se distinguió siempre por dar golpes de audacia, así que aprovechó el descontento político del pueblo alemán, llevó a su partido a la cabeza de las votaciones electorales, (1928, 1930). En las elecciones de Julio de 1932 obtuvo 230 diputados, en comparación de los 12 que tenía en 1928. En la consulta popular de noviembre de 1932, bajó a 196, pero a pesar de eso reclamó el poder para su partido. En una lucha fratricida en la que participaban los partidos Social Demócrata, el partido conservador, el Nacional Socialista de Hitler y otros grupos menores y como consecuencia de esa lucha y de muchas intrigas, el 30 de enero de 1933 se hizo nombrar como Canciller de Alemania (Reichskanzler), o Canciller del III Reich, como también se le denominó posteriormente. Ya como Canciller de los pueblos de habla alemana, Alemania, Austria y todos los territorios de habla alemana incrustados en los países vecinos, disolvió el Parlamento, reorganizó la estructura militar, creó la famosa Policía Secreta – Gestapo- y comenzó a gobernar con poder absoluto.

Las directrices de su política se centraban, por lo tanto, en unir a todos los pueblos de habla alemana, superioridad de la raza aria (todos tenían la obligación de

demostrar su árbol genealógico, sin cruce con otra raza, menos con sangre judía), apología de la guerra, de la violencia, sacudir el yugo impuesto a Alemania por las potencias vencedoras en la primera Guerra. Más allá, utilizar su poder para vengarse de una sociedad que lo había marginado cuando niño y cuando joven y satisfacer sus poderosos impulsos recóditos de xenofobia.

Desde luego que la preocupaciones del gobierno Nazi, eran también sacar a Alemania de la ruina económica y para tal emprendió grandes obras de infraestructura vial, fomentó la industria, incluyendo la de armamentos, el comercio, la agricultura y los servicios de salud y de educación. Redujo radicalmente el desempleo y modernizó al país. Simultáneamente lo iba preparando para la guerra. La formación de un ejército poderoso, una fuerza aérea y naval imponentes. El despliegue de una estrategia diplomática audaz para convencer o detener a unos, mientras en la otra orilla atacaba a los otros, o para firmar tratados que, desde antes no tenía la intención de cumplir. En esto se parecía mucho a su homólogo Stalin, con quien competía.

La superación económica del país, puso a la mayoría de los alemanes del lado de Hitler y lo comenzaron a considerar como su redentor, como su líder, su Führer. Del otro lado el mismo Hitler y sus colaboradores cercanos se creyeron plenos amos y señores del pueblo.

Hitler era un hombre muy cortés, pero muy irritable a cualquier crítica, inmisericorde ante cualquier desafío, frío calculador, pero un gran estratega militar. Sus primeras campañas de ataque las ordenó en contra de la opinión de sus asesores militares y en contra de la lógica, y las logró con éxito rotundo e inesperado. Esto condujo a que sus subalternos lo obedecieran ciegamente, aún en actos irracionales, creándose el mito de un ser superior incontrovertible. Fue un visionario de la guerra y su meta era alcanzar el éxito no importando los muertos o los métodos para lograrlo. Se creyó el enviado de Dios para gobernar a Alemania y para poner orden en el mundo. Pero detrás de esa imagen era un hombre cruel y brutal, una bestia humana. Sus discursos delirantes enceguecían a las masas y en sus subalternos y en el mismo pueblo despertaba una especie de devoción, de fascinación y de obediencia absoluta e incondicional. Obediencia y fidelidad al Führer. Hitler se apropió del descontento del pueblo causado por el desempleo y la miseria y buscó culpables. Entre estos estaban para él, en primera línea, los Judíos, pero también los comunistas, sindicalistas, los miembros de los partidos opositores, los vagos, los homosexuales y todos los que se opusieran en lo más mínimo a sus órdenes. Prohibió los partidos políticos, los sindicatos, los periódicos independientes, las protestas en su contra, desterró a los intelectuales, a los científicos, a los artistas y llenó de espías y de delatores a todo el país, a todos los niveles, incluso dentro de las propias familias y organizaciones sociales. El Nazismo pasó de ser un partido a convertirse en una ideología diabólica de exterminio. Basado en la creencia de la superioridad de la raza aria, se ideó la manera de exterminar a seis millones de judíos en los campos de concentración, en campos de trabajo forzados, en fusilamientos en masa, en torturas y en la negación simple de la dignidad humana. Sus homólogos fascistas, en ese entonces, en Italia bajo la batuta de Mussolini, o en España, en la era de Franco, no fueron tan brutales pero no por eso menos nefastos. Japón no fue menos cruel durante la invasión a los países vecinos en el Asia.

El pueblo alemán quedó atrapado en una cortina de niebla y de mentiras que tejieron hábilmente los dirigentes Nazis. El pueblo no podía oír o leer más noticias que las propagadas por el régimen, estaba prohibido bajo castigo escuchar cualquier emisora extranjera. Esto explica en parte el que muchos no se dieran cuenta concreta del salvajismo del sistema. No se atrevían a indagar la verdad de lo que pasaba, tenían que seguir y obedecer sin preguntar; importante para sobrevivir era mostrar fidelidad y obediencia al Führer y a sus secuaces. Por eso muchos fueron a la guerra a defender a su patria, a morir por ella, hasta que después del desastre, se dieron cuenta que habían sido engañados y que sólo sirvieron de carne de cañón en una guerra sin sentido. Los dirigentes nazis no fueron muchos, era una camarilla compuesta por títeres y fanáticos obnubilados por una ideología irracional, liderados por un loco, que hicieron tanto daño a su país y al mundo. No todos los nazis de ese tiempo eran alemanes. En cada país invadido aparecieron cuadros que colaboraron muy estrechamente con el régimen de Hitler.

La Segunda Guerra Mundial comenzó con la invasión de Alemania a Polonia, el primero de septiembre de 1939, y el acuerdo de repartición de dicho país entre Rusia y Alemania, gracias a un pacto secreto entre Hitler y Stalin que había sido firmado en el mes anterior. Posteriormente, Hitler invadió por el occidente a Francia, Luxemburgo, Holanda, Bélgica, a Dinamarca y Noruega. Por el oriente a Checoslovaquia, Polonia, Rumania, Bulgaria, además de Yugoslavia y Grecia, como también algunos países del norte de África, en ese tiempo posesiones francesas e inglesas. Suiza logró mantener su neutralidad durante toda la guerra. En todos los países dominados, los Nazis persiguieron sin descanso a los judíos y a los opositores y los deportaron a los campos de concentración instalados no solo en Alemania, si no en Polonia, Austria y otros países vecinos.

La guerra se repartió en dos ejes: por un lado, los países del EJE compuesto por: Alemania, Italia y el Japón y, por el otro: Gran Bretaña, Francia, al cual se adhirió posteriormente los Estados Unidos y la misma Rusia. Como cosa curiosa, entre los países latinoamericanos que le declararon la guerra a Alemania, figura Colombia, el 27 de noviembre de 1943, cuando un torpedero alemán nos hundió el único barquito de guerra que poseíamos en esa, entonces.

En 1941, Hitler cometió el error de invadir a Rusia y los países satélites: Bielorrusia, Ucrania, y los países del Cáucaso, donde abunda el petróleo, así como los países Bálticos. Las derrotas del ejército alemán en la Unión Soviética (Stalingrado y Leningrado) en 1943 pusieron la balanza a favor de Rusia, y desde entonces, ya se percibía la caída del régimen de Hitler. Por el Oriente comenzó la invasión del Ejército Rojo (Rusia) y por el Occidente la acción de los Aliados comenzando con el desembarco de los ejércitos de la Gran Bretaña y los Estados Unidos en la costas de Normandía el 6 de Junio del 1945 (D-DAY) a los cuales se unió Francia, todos en camino hacia Berlín, donde estaba el centro del poder de los Nazis. Los bombardeos por parte de los aliados destruyeron gran parte de la ciudad de Berlín y de las otras grandes ciudades alemanas. Mucha gente se salvó gracias a que se refugiaron en los sótanos de las casas y edificios, pero las historias que se cuentan de los últimos días de la guerra son terribles. A finales de abril de 1945, los ejércitos de los aliados y los rusos llegaron a las calles de Berlín y se abrieron paso venciendo a los pocos focos de resistencia del ejército de Hitler que aún quedaban. Hitler mientras tanto, refugiado en su Bunker, con pasmosa calma y en su delirio irracional de grandeza, totalmente deshecho y atribulado, pensaba hasta el último momento que todavía podía ganar la guerra. El 29 de abril, cuando ya lo vio todo perdido, hizo su

testamento, destituyó a la plana mayor del mando, hasta entonces sus más fieles súbditos, Nombró inesperadamente al general Dönitz como su sucesor en la Cancillería y se casó, en el Bunker mismo, con su compañera de mucho tiempo, Eva Braun. El 30 de abril se despidió de sus inmediatos colaboradores, envenenó su perra, envenenó a su mujer y se pegó un tiro en la cabeza. Su cadáver y el de su mujer fueron quemados con gasolina y nunca nadie volvió a saber de sus restos. Se supone que los rusos que fueron los primeros en entrar al bunker, se los llevaron. En el bunker se suicidaron muchos otros colaboradores, entre ellos su mano derecha en la propaganda política, Goebles, su mujer Magda y sus 6 hijos. Los demás integrantes de la cúpula Nazi, fueron ahorcados después del Juicio de Nuremberg, otros se suicidaron y algunos alcanzaron a huir y vivir de incógnitos en algunos países de Suramérica, buscados y perseguidos por los comandos antinazis, judíos.

El 7 y el 8 de mayo de 1945 se firma la capitulación incondicional de Alemania frente a los aliados, y éstos asumen la administración. Los vencedores habían acordado la repartición de Alemania en la conferencia de Teheran (28 de noviembre al 1 de diciembre de 1943), entre Roosevelt, Churchill y Stalin y en la Conferencia de Yalta, sur de Ucrania, en febrero 1945. Aceptaban la inclusión de Francia y desde la conferencia de Postdam en agosto de 1945, nunca se volvieron a reunir. Comienza la era de la llamada Guerra Fria. Rusia se queda con la parte oriental de Alemania, la que después se llamó República Democrática Alemana (RDA) y anexó a su territorio Pomerania, Prusia Oriental y Silesia. Los otros tres aliados administraron el resto de la parte occidental, la que posteriormente se denominó República Federal de Alemania (RFA).

El imperio Japonés que había provocado la entrada de los Estados Unidos a la Guerra, cuando atacó el puerto de Pearl Harbor, en Hawaii, donde estaba estacionado un fuerte de la marina y de la aviación americanas en diciembre de 1941, no mostró intenciones de terminar la guerra y de acogerse a la rendición, como parte que era del Eje, ni tampoco de retirarse de los territorios invadidos en los países asiáticos, China, Manchuria, Corea y la provincia de Indochina. Por el contrario querían continuarla, en la creencia de que su emperador era el dios supremo, y por lo tanto no podía rendirse ante una potencia terrestre. Para convencerlos, los americanos descargaron la primera bomba atómica, la Enola Gay, sobre Hiroshima el 6 de agosto, donde murieron 200.000 personas, y como, aún así, los japoneses no reaccionaron, descargaron la segunda, el Fat Man, sobre Nagasaki tres días después, aquí murieron 140.000 habitantes. Por fin habló el emperador a su pueblo por radio, cumpliendo la exigencia de los Estados Unidos sobre la rendición del Japón y sus súbditos atónitos se arrodillaron al oír por primera vez su voz. Los japoneses capitularon el 2 de septiembre de 1945. Con lo que se dio fin al capítulo de la segunda guerra mundial.

Sin embargo y especialmente para Europa, la guerra no terminó con la firma del tratado. La reubicación de las fronteras en los países como Polonia, Checoslovaquia, Bielorrusia, los países Bálticos y de la misma Alemania Oriental, condicionada por Stalin, obligó a grandes desplazamientos de la población de habla alemana hacia Alemania Occidental, desplazamientos que se habían iniciado ya durante la guerra y en los cuales murieron muchas mujeres, niños y ancianos. De otra parte, los soldados alemanes que quedaron atrapados en la guerra fueron deportados a los países vencedores y condenados a trabajos forzados. Años después iban regresando en la medida que eran liberados y muchos no encontraban

ni sus familias ni sus casas que habían desaparecido con los bombardeos o que habían tenido que abandonarlas. Quizá la tragedia más inaudita la sufrieron los soldados prisioneros de Rusia. A ellos se les impidió tener contacto por escrito con sus familiares o con la Cruz Roja Internacional y nadie sabía si estaban vivos o muertos, hasta que el Canciller alemán Konrad Adenauer viajó a Moscú en septiembre de 1955, diez años después de haber terminado la guerra, a negociar su liberación.

Entre junio de 1948 y mayo de 1949, la Unión Soviética, queriéndose apoderar de Berlín Occidental, enclave que molestaba a la RDA, bloqueó toda comunicación terrestre de Berlín con Alemania occidental. Berlín tuvo que ser alimentada durante todo ese tiempo mediante un puente aéreo, al cual contribuyó eficazmente la flota aérea de los Estados Unidos.

En Noviembre de 1989 cae el muro de Berlín que había dividido la ciudad desde su construcción en el mes de agosto de 1961 por el gobierno de Alemania Oriental, al tiempo que se desmorona la Unión Soviética, y los países bajo su órbita recuperan su autonomía.

Sesenta años después del final de la guerra todo ha cambiado. Los países de la antigua URSS han reasumido su propia autonomía. De muchos de ellos nunca habíamos oído hablar como: Uzbekistán, Kirguisistán, Kazajistán, Chechenia, Ucrania, Georgia, Moldavia etc. Mientras, por el otro lado, la Unión Europea agrupa a 25 países, un supragobierno común, un mercado común y una misma moneda, con excepción de la Gran Bretaña y Dinamarca, que todavía conservan sus monedas. Hoy permanecen sólo las fronteras geográficas. Ahora cualquier ciudadano europeo se puede movilizar, estudiar, trabajar, vivir en cualquier país de la Comunidad como en su propio país. Esto era imposible pensarlo hace 60 ó 50 años.

Ya son pocos los testigos que presenciaron o vivieron la Guerra. A los protagonistas tanto víctimas como victimarios ya no les queda mucho tiempo. La mayoría que todavía sobrevive pasa de los 80 años. Los que nacieron después de 1940 eran tan niños que poco recuerdan y las generaciones siguientes sólo tienen las referencias directas a través de sus abuelos o de sus padres o en la abundante bibliografía que hay sobre este tema. Las conmemoraciones y los monumentos sirven para eso, para que las nuevas generaciones no se olviden de los horrores de las guerras. Prácticamente en todos los países involucrados en la Segunda Guerra Mundial, los actos de conmemoración del final de la misma, se caracterizaron por un gran espíritu de acercamiento y de mútuo perdón, aunque las heridas no hayan sanado del todo. Las guerras dejan siempre vencidos, aun entre los vencedores, dejan muchos muertos, dejan muchos huérfanos, muchas viudas, muchos cuerpos mutilados y espíritus destrozados. La guerra es una acción irracional entre las personas que se presumen son plenamente racionales. Ojalá nunca más volviera a suceder una guerra en ninguna parte del mundo.